



La pastoral universitaria, vía para una nueva evangelización en Europa*

Card. Miloslav VLK

Arzobispo de Praga

Presidente del Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas (CCEE)

«La misión fundamental de la Universidad es la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad»¹. Las profundas transformaciones culturales, la importancia de los nuevos descubrimientos, las dificultades de la transmisión del saber, junto a la creciente ampliación del acceso de jóvenes estudiantes, convierten hoy a la universidad en un ambiente de acción pastoral específica y en una vía de nueva evangelización que interpela a las responsabilidades de la comunidad cristiana.

1. ALGUNOS RETOS QUE SE IMPONEN A LOS PUEBLOS EUROPEOS

1.1. Desde sus albores, cuando nació sobre las ruinas del Imperio Romano, la primera Europa fue ante todo una «idea», una unidad de cultura y de fe. Las Universidades y las Catedrales, surgidas en la Edad Media y que, como una constelación, configuraron el Continente, siguen todavía ahí testimoniando que la primera unidad europea fue mucho más profunda que una mera unidad geográfica, mercantil o política.

La segunda Europa, la moderna, nace de la ruptura de la unidad entre fe y cultura y pone en marcha un proceso de divergencia que conduce paso a paso a la secularización y a la fragmentación del Continente. Con el nacimiento de los Estados nacionales absolutos y con la adquisi-

* Ponencia Introdutoria del Congreso Europeo de Capellanes de Universidades, celebrado en Roma, del 30 de abril al 3 de mayo de 1998. El lector encontrará una Nota sobre dicho Congreso en este mismo número de SCRIPTA FULGENTINA, pp. 365-367.

¹ Juan Pablo II, «Constitución *Ex Corde Ecclesiae* sobre las Universidades Católicas» (15 agosto 1990), n. 30, en: *Enchiridion Vaticanum* 12 (1990) 444.

ción de una nueva conciencia de los derechos fundamentales del hombre, la Europa moderna coloca en el centro de la vida social, política y cultural al «ciudadano», y no ya al «cristiano». Y sin embargo, a pesar del fin de la «cristiandad», las antiguas raíces no se agostan. En la Europa moderna permanecen, aunque en su mayor parte invisibles, aparentemente extrañas, pero a través de la confrontación-choque con la nueva cultura «liberal» y «laica» continúan alimentando, a menudo de manera paradójica y contradictoria, la vida y la historia del Continente. Herida por profundas divisiones culturales y políticas, no obstante los progresos innegables y extraordinarios en todos los campos, la segunda Europa llega a formas extremas de incomunicabilidad, especialmente en los dos últimos siglos de nuestro milenio, dominados por las fronteras ideológicas y sacudidos por guerras devastadoras.

Hoy la nueva Europa se mueve en medio del fracaso de las ideologías en las que se trató en vano de encontrar el sostén ideal que el humanismo cristiano proporcionó a la primera Europa. Hoy el viejo Continente se descubre, en muchos aspectos, «post-cristiano», presa del nihilismo, del relativismo ético y del neocapitalismo salvaje. Es por ello significativo que todos los sondeos, llevados a cabo a nivel europeo, indiquen una vuelta de la necesidad de espiritualidad. Ciertamente el desarrollo extraordinario de las ciencias, de la industria y de la técnica, y las inquietas corrientes del pensamiento moderno han permitido a la segunda Europa metas de civilización y de bienestar que se creían inalcanzables². Sin embargo el precio humano pagado ha sido altísimo y ha expropiado la cultura, ha comprometido el ser de la persona. La Europa del mañana o renacerá sobre la base de una nueva cultura o no renacerá.

El escenario humano y moral de las sociedades occidentales en nuestra época parece marcado por elementos negativos y ambivalencias que preocupan y alarman a los pensadores más agudos, hasta hacerles afirmar que hoy «el peligro para la democracia proviene de la erosión de sus bases... culturales y espirituales»³. La nueva evangelización, en cuanto tarea prioritaria de la Iglesia hoy, habrá de manifestarse necesariamente como una nueva inculturación del mensaje evangélico.

La Universidad, que es una de las expresiones más significativas de la solicitud pastoral de la Iglesia y que está ligada al desarrollo de las Escuelas constituidas en la Edad Media por los obispos de las grandes sedes episcopales, ha sufrido en su historia grandes transformaciones, debidas a los diferentes contextos culturales, sociales, económicos y políticos. En contraste con el pasado, está hoy ampliamente abierta a un público cada vez mayor y se sitúa como un hecho importante y significativo de democratización de la vida social y cultural. Puede preverse que la Universidad, en sus funciones clásicas de enseñanza, de investigación y de servicio a la sociedad, tendrá en los años venideros un peso todavía mayor en la preparación de los jóvenes para ser parte viva en la sociedad del mañana, determinando sus aspectos sociales, civiles y religiosos.

1.2. El diálogo y la colaboración entre la Iglesia y la Universidad están inevitablemente condicionados por la compleja interrelación entre la Iglesia y la sociedad secular. En otras palabras, la pastoral universitaria y los proyectos de presencia de los cristianos en esta institución (capellanía universitaria, parroquia universitaria, pastoral de los estudiantes, etc.) deben moverse sabiendo que lo hacen en el seno del actual contexto socio-cultural, europeo y occidental. Vale la pena subrayar algunos de sus trazos peculiares que afectan a nuestro tema.

2 Cfr. *Aggiornamenti sociali*, IV-1997, p. 269 ss.

3 C. Lasch, *Il paradiso in terra. Il progresso e la sua critica*, Feltrinelli, Milán 1992, p. 20.

— En la cultura europea, como analizan los sociólogos de la religión, se mezclan factores de *secularización* con fenómenos de *persistencia de la religión*. De hecho las sociedades modernas generan toda una serie de preguntas sobre el sentido, pero, al mismo tiempo, ofrecen un vacío de significado que la cultura secular por sí misma no está en condiciones de colmar. De ahí un despertar de la religión.

— Si después de un proceso irreversible que abarca los últimos 20 años, la secularización comienza a declinar, lo que en su lugar se difunde hoy es más bien un *fundamental proceso de pluralización*, que lanza a la Iglesia el desafío de saber unir el anuncio de las propias convicciones de fe a la capacidad de diálogo con la sociedad multicultural y multirreligiosa. Se trata, por tanto, de tomar conciencia de que *el universal* fundamento y propuesta de verdad del Evangelio, que es para la Iglesia el punto de apoyo, representa en la sociedad pluralista sólo una reivindicación de verdad entre otras muchas; en esta perspectiva el enganche misionero radica en entrar en diálogo con la sociedad multirreligiosa, en recomenzar una nueva difusión del Evangelio y en realizar la iniciación a la fe.

— A nivel político-estructural el sistema unitario de la sociedad se ha articulado en sub-sistemas autónomos tales como: la política, el derecho, la educación, la economía. También el ámbito religioso se ha convertido en un «sub-sistema» entre otros, y además el más débil a los ojos de la sociedad, relegado únicamente a la opción privada del individuo. La sociedad espera que la Iglesia se ponga únicamente al servicio de una compensación del vacío y de las cargas que soportan las personas; o bien que se convierta en una especie de «casa de socorro» capaz de ayudar a superar las contingencias de la vida entendida como culpa, sufrimiento, enfermedad y muerte. Allí donde la Iglesia no acepta este abandono de la responsabilidad pública y quiere ir más allá del ámbito religioso para entrar en el de la vida social y cultural, su intento es juzgado como una injerencia indebida.

La opción misionera que impregna la tarea de una nueva evangelización, impulsa a la Iglesia a superar los límites del ámbito privado y moral en los que se tiende a recluirla y a trasladar la experiencia de fe, de modo crítico y dialógico, al terreno de las realizaciones socio-culturales.

Esto lleva a superar la doble tentación, o la alternativa, ya sea de conservar la identidad de la Iglesia, aislándola fundamentalísticamente de la sociedad, ya sea de ponerse en relación dialógica con la sociedad, pero reduciendo la Iglesia a la actual sociedad secular con perjuicio de su identidad. Es necesario y urgente un correcto discernimiento para comprender que la Iglesia y la sociedad no se pueden separar ni mezclar o confundir. Se trata por el contrario de ponerlas conjuntamente en una relación de mediación y de distinción: «sin confundirlas y sin separarlas». Las dos diferentes imágenes evangélicas «luz del mundo» y «sal de la tierra» sirven para expresar la distinción/contraste entre Iglesia y sociedad y la relación solidaria de la Iglesia en sus confrontaciones con la sociedad.

En el plano cultural hay que tener en cuenta que el hombre moderno manifiesta una fuerte exigencia de libertad, de autonomía y de autodeterminación, pero por desgracia experimenta una creciente «desolidarización» o individualismo, reforzada por el horizonte puramente inmanente en que vive. En este plano la Iglesia debe tomar profundamente en serio la demanda de libertad humana, pero al mismo tiempo el anuncio evangélico de liberación permite alcanzar una libertad que se convierte también en comunicación y que crea solidaridad.

1.3. ¿Cuál podrá ser, por lo tanto, la respuesta de la comunidad cristiana a estas nuevas exigencias, emergentes de la cultura actual, en torno a las cuales las jóvenes generaciones del viejo Continente se jugarán gran parte de su futuro? Frente a estos desafíos tan radicales y globales los cristianos se convierten en portadores de una voz nueva, de nuevos estilos de vida que encuentran su fundamento en el mensaje evangélico y saben expresarse también a nivel social y cultural con formas originales e innovadoras, además de profesionalmente correctas.

La Universidad, que permanece por vocación lugar privilegiado de la elaboración del saber y de la formación y que desarrolla un papel fundamental en la preparación de los cuadros dirigentes de la sociedad del siglo XXI, exige mayor atención por parte de la Iglesia y puede convertirse en campo privilegiado de la pastoral, además de terreno de fecundo encuentro del Evangelio con el esfuerzo humano por enseñar y aprender, por difundir el saber y promover la cultura.

2. LA NUEVA EVANGELIZACIÓN Y EL PAPEL DE LA CULTURA Y DE LA UNIVERSIDAD

Como ya he dicho, la presencia de los cristianos en las instituciones universitarias de Europa tiene sus raíces y puede encontrar su principal impulso en la fuerza que dimana del mandato misionero de Cristo resucitado, y que hoy gustamos definir como la «nueva evangelización». La Iglesia evangeliza desde siempre y nunca ha interrumpido el itinerario de la evangelización, que mediante el anuncio de la Palabra de Dios, el don de los sacramentos y el compromiso por la justicia y la caridad ha producido y continúa produciendo frutos. Sin embargo el proceso progresivo de descristianización y de pérdida de los valores humanos esenciales exige una nueva evangelización que hay que promover junto con la evangelización tradicional.

2.1. Una evangelización nueva tiene lugar cuando el Espíritu del Señor Resucitado abre la mente y el corazón de los hombres a las inagotables riquezas de la Palabra y los hace capaces de insertar la novedad del Evangelio de Cristo en la época histórica y en la cultura de su tiempo, respondiendo a los desafíos y a las preguntas que la humanidad se plantea.

Ya que el corazón del Kerigma cristiano consiste en la persona de Jesucristo, revelación definitiva del amor de Dios al hombre, siempre presente y vivo en medio de los hombres, resulta evidente que, sobre todo en el mundo secularizado, la fe cristiana nace y renace allí donde los hombres, encontrándose con la persona de Cristo integralmente anunciada y testimoniada en la vida de los creyentes, pueden exclamar con admiración y gratitud: «y nosotros hemos reconocido y creído en el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4,16).

Del testimonio vivo de los creyentes, renovados por la Palabra vivida y unidos entre sí por el vínculo de la caridad recíproca, toman fuerza el impulso misionero y la irradiación del Evangelio en cada ambiente y en cada cultura. También las exigencias más profundas del humanismo contemporáneo, que a menudo ha separado la «causa de Dios» de la «causa del hombre», buscando sin embargo los auténticos valores, muchos de los cuales tienen su raíz y su consistencia en la fe evangélica, se convierten en terreno fecundo para la nueva evangelización. «En realidad —subraya a este propósito la *Declaración final* del Sínodo de los Obispos para

Europa de 1991⁴— la búsqueda de la libertad, de la verdad y de la comunión constituye la instancia más profunda, más antigua y más duradera del humanismo europeo, que continúa actuando incluso en su fase moderna y contemporánea» (n. 4).

Los ámbitos de la cultura y de la Universidad son sin duda alguna vías privilegiadas de concreta actuación de la nueva evangelización.

Si la cultura implica modelos de interpretación de la realidad y crea los presupuestos que se convierten en paradigmas latentes de la vida de las personas, eso significa que el testimonio de los cristianos puede generar en las personas nuevos modos de pensar y nuevos criterios de juicio capaces de dar expresión a una cultura cristianamente inspirada.

Pero el horizonte todavía más específico en el que puede articularse el empeño por llevar a cabo la nueva evangelización es el contexto universitario. «La Universidad y, de modo más amplio, la cultura universitaria constituyen una realidad de importancia decisiva. En este ambiente, cuestiones vitales están en juego y profundas transformaciones culturales, con consecuencias desconcertantes, suscitan nuevos desafíos. La Iglesia no puede dejar de considerarlos en su misión de anunciar el Evangelio»⁵. En cierto sentido se puede decir que los desafíos culturales y religiosos que recorren Europa se reflejan en todas las instituciones, incluida la universitaria.

¿De qué modo el impulso por la reevangelización puede desplegarse en el campo de la cultura y de la Universidad? Entre las múltiples sugerencias que pueden indicarse, considero que existen al menos tres etapas irrenunciables que hacen posible la inculturación de la fe: el enraizamiento en la Palabra de Dios vivida, la creación de células de vida trinitaria en el ambiente universitario y la actitud de servicio y de diálogo para con todos en la universidad.

2.2. Para la nueva evangelización y para la renovación de la cultura y de la sociedad, el primer recurso y el más necesario son hombres y mujeres nuevos, sumergidos en el misterio de Dios y a la vez en la historia, santos y santificadores. A este respecto, el encuentro con la fuerza y la potencia de la **Palabra revelada** ofrece al hombre el conocimiento de un proyecto de salvación total y, más aún, de un nuevo modo de relacionarse con Dios que es amor misericordioso, que es verdad plena, que es belleza incomparable. El Evangelio vivido permite al hombre un *saber*, que conlleva también un *saborear*, esto es, conocimiento mezclado con sabiduría, un conocer mezclado con un gustar, una revelación mezclada con experiencia.

La existencia cristiana renovada por el contacto constante con la Palabra hace asumir la vida como vocación, como un caminar según el Espíritu, y al mismo tiempo proyecta hacia un actuar, un hacer, un vivir que constituye el campo donde verificar la acogida y la profunda gratitud por el don recibido.

Este horizonte de la pastoral universitaria se queda en pura veleidad si no existen personas cualificadas y ricas en vida interior que, con su compromiso constante dentro de la Universidad, llevan a cabo la tarea de guiar a los estudiantes en el estudio y en la investigación con un talante cristiano.

4 Cfr. P. Coda (ed.), *Testimoni della libertà di Cristo. Dichiarazione dell'Assamblea del Sinodo dei Vescovi per l'Europa. Testo e commento*, Città Nuova, Roma 1992.

5 Congregación para la Educación Católica - Pontificio Consejo para los Laicos - Pontificio Consejo para la Cultura, Documento *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria* (22 de mayo de 1994), *Nota preliminar: naturaleza, finalidad y destinatarios*, en: *Enchiridion Vaticanum* 14 (1994-1995) 1349.

2.3. El compromiso espiritual y cultural del que reevangeliza su propia vida no produce el cierre de la persona en sí misma, sino que la proyecta más allá de sí, hacia el otro, hasta abarcar la comunidad humana entera. El mensaje evangélico, que tiene su raíz en la Trinidad, lleva naturalmente consigo el principio relacional, comunitario y comunicativo. Por ello una auténtica experiencia de fe conduce espontáneamente al que la vive a compartirla y esto **crea comunidad**. En este sentido una eficaz pastoral universitaria se realiza allí donde se crean células comunitarias de vida trinitaria que irradian un atrayente y gozoso testimonio cristiano. El testimonio de la comunión y de la unidad entre los cristianos, además de remover lo que impide el crecimiento de cada persona, crea una pacífica convivencia entre los hombres.

Sabemos por la experiencia de tantas vicisitudes de este siglo, en qué medida las actitudes de incomunicabilidad y de intolerancia en el interior de las Universidades han encendido a menudo la chispa de conflictos que se han extendido a nivel social, comprometiendo el diálogo y la paz. Hoy la acción pastoral de los cristianos debe contribuir a hacer de las Universidades lugares de auténtica maduración en el respeto de las diversidades, de crecimiento en el diálogo y en la estima recíproca entre posiciones ideológicas, religiosas y culturales diferentes.

En este sentido la peculiar contribución de la pastoral en la institución universitaria pasa en concreto por la valoración —en términos de aprecio, de apoyo y de disponibilidad— de la obra urgente, delicada y ardua de inculturación de la fe en sus momentos significativos tales como:

— el *diálogo cultural*, entendido como confrontación respetuosa y clara, como apertura y avance en el camino hacia la verdad;

— el *discernimiento cultural*, entendido como valoración, purificación y enriquecimiento de las realidades culturales históricas;

— la *elaboración cultural* en cuanto dinamismo creativo de producción de culturas que, en su tipicidad, estén cristianamente cualificadas y lleven la fuerza renovadora del Evangelio al interior de las más íntimas entrañas de la historia.

De este modo la Universidad con un serio y riguroso trabajo intelectual y de investigación, puede formar hombres nuevos y profesionales cualificados, capaces de entregarse por la causa de una humanidad nueva.

2.4. Para tender hacia ese objetivo es necesario que en el itinerario de la formación universitaria se cultive la **adquisición del saber** y de la cultura no como un poder para dominar sobre los demás, para ocupar puestos de prestigio o para alcanzar el éxito ante los hombres, sino **como servicio a los demás** y preparación a una gradual asunción de responsabilidades hacia la sociedad y el mundo de la cultura.

En este sentido un mayor saber contribuye a servir mejor y el servicio y el diálogo con todos deberían caracterizar la presencia de los cristianos en la Universidad. Quien vive una experiencia plena y globalizadora del cristianismo, sabe bien que la luz acogida y la gracia recibida pueden ser compartidas tan sólo por el testimonio directo, por la comunicación viva. Y hoy la cultura no pasa a través del papel o del celuloide o de las cintas magnéticas, sino a través del testimonio directo, a través de las relaciones interpersonales, a través de los gestos de fraternidad, de compartir y de servicio.

En el mundo de la Universidad las ocasiones para que los cristianos den razón de la esperanza que habita en ellos, ciertamente no faltan. Es necesario, sin embargo, que la Iglesia

tenga más coraje en invertir energías vivas y en preparar personas cualificadas que garanticen un apoyo válido a los que trabajan como cristianos en la Universidad.

3. LA MISIÓN DE LAS CAPELLANÍAS UNIVERSITARIAS O PARROQUIAS UNIVERSITARIAS

Este primer Congreso Europeo de Capellanes de Universidades constituye indudablemente una ocasión de conocimiento y de recíproco intercambio de experiencias, que pondrá de manifiesto la riqueza y la variedad de las expresiones pastorales ligadas a tradiciones, culturas y ambientes diferentes. Y probablemente se verá también que al término «capellanía universitaria» se le dan significados y acepciones diferentes. La misión del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (CCEE) es precisamente la de promover la circulación de las experiencias entre las Iglesias para un mejor crecimiento de cada una y de todas a la vez.

Con tal finalidad puede resultar útil indicar algunos elementos que bosquejen las tareas de las capellanías universitarias.

Ante todo hay que decir que la capellanía universitaria no se identifica con el edificio material en el que se desarrolla el culto y la liturgia, sino que en torno a ella se agrupan las diversas expresiones de la pastoral con las que se tiende a hacer de la Universidad un lugar de comunión en el que los cristianos tratan de conjugar la vida de fe con el esfuerzo por la investigación, la solicitud por la formación integral (no sólo cultural sino también científica y ética) y la didáctica.

Ciertamente la forma antigua y peculiar de este cometido es el servicio litúrgico ofrecido en la capilla-templo o parroquia universitaria, con uno o más sacerdotes expertos en el conocimiento de la dinámica de la vida universitaria. A partir de ello se debe, además, favorecer la comunicación con el pluriforme mundo académico, con las personalidades de la cultura y sobre todo con la juventud estudiantil.

La misión principal de la capellanía universitaria es, por lo tanto, el primado del servicio misionero y de irradiación del Evangelio, que se traduce en propuestas e itinerarios de formación cristiana dirigida a estudiantes, profesores y personal administrativo.

Ilustra muy bien la naturaleza y las tareas de la capellanía o parroquia universitaria el Documento *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria*. «La capellanía universitaria, a nivel institucional, reviste una importancia particular en el ámbito del campus mismo. Con la oferta de un amplio abanico de propuestas de formación doctrinal y al mismo tiempo espiritual, constituye una de las mayores posibilidades de anuncio del Evangelio. Mediante la actividad de animación y de toma de conciencia, promovidas desde la capellanía, la pastoral universitaria puede esperar conseguir su objetivo, a saber, crear dentro del ambiente universitario una comunidad cristiana y un compromiso de fe misionera. (...) Para ser aceptada e irradiante, la presencia institucional de la Iglesia en la cultura universitaria tiene que ser de calidad»⁶.

6 Ibidem, *II-Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria*, n. 1, en: *Enchiridion Vaticanum* 14 (1994-1995) 1373. 1375.

«Lugar de encuentro, de reflexión cristiana y de formación, brinda a los jóvenes la posibilidad de acceder a una realidad de Iglesia hasta entonces desconocida o mal conocida y abre la Iglesia a la juventud estudiantil, a sus problemáticas y a su dinamismo apostólico. Lugar privilegiado para la celebración litúrgica de los sacramentos, la parroquia es ante todo lugar de la Eucaristía, corazón de toda comunidad cristiana, cúlmen y manantial de todo apostolado»⁷.

Estas citas presentan las orientaciones de fondo y la importancia de los instrumentos de la pastoral universitaria. En el actual contexto socio-cultural europeo considero de gran importancia que esta pastoral específica y, en particular, el servicio desarrollado en las capellanías o parroquias universitarias se muevan teniendo presentes algunas dimensiones de carácter general de las que dimanar, como consecuencia, las opciones operativas y los itinerarios formativos a proponer.

— Consideramos que el agente principal de la nueva evangelización es el Espíritu Santo. La desorientación y el malestar que se encuentran en la cultura de nuestro tiempo, y que también afectan a los cristianos más comprometidos, pueden vencerse sólo si la existencia diaria está marcada por una *fuerte impronta espiritual*. La espiritualidad del pueblo de Dios que camina en la historia conforme al mensaje del Concilio, debe tener *un estilo laical*, debe ser capaz de convertir la «fuga mundi» (huída del mundo) en un estar dentro del mundo sin confundirse con él, antes bien siendo fermento de «los nuevos cielos y la nueva tierra», debe concentrarse en el misterio pascual de Jesús crucificado y resucitado, imagen del hombre nuevo.

— Para que la cultura y las sociedades europeas encuentren en la religión el alma y aliento que las puedan renovar y liberar, es necesario que los cristianos se presenten unidos entre sí, que activen también en los ambientes universitarios un *correcto ecumenismo* a fin de acrecentar la mutua estima y la reconciliación entre las Iglesias hermanas. Debemos además ser conscientes cada vez más de que el reto del nuevo milenio está vinculado al *diálogo de los cristianos con las otras tradiciones y culturas religiosas*. El futuro de la humanidad se juega, a escala planetaria, en el encuentro entre las diversas religiones y las culturas que en ellas tienen su fuente, comenzando por el Hebraísmo y el Islam hasta llegar a las grandes religiones orientales. Una pastoral universitaria que no emprenda estos itinerarios de formación y de diálogo, en los lugares en que se elabora y se prepara para transmitir cultura, es una pastoral miope.

— Con espíritu de humildad, pero con amplia mirada previsoras es necesario finalmente contribuir a *realizar un diálogo entre las ciencias y los diferentes saberes*. La potencialidad de la visión cristiana puede expresar su fuerza y su luminosidad en una orientación más integralmente humanista de los diferentes saberes y favoreciendo la apertura de la libertad-inteligencia de la persona de cara a la verdad. Las nuevas fronteras de la ingeniería genética y de la ecología, por no citar la cuestión urgente de la ética pública y de la justicia a nivel planetario, imponen que la formación de las nuevas generaciones de científicos esté marcada por la apertura y la interdisciplinariedad.

Una inteligente acción pastoral contribuye a establecer diálogo entre los saberes científicos, los saberes humanísticos y las ciencias teológicas y a promover una cultura inspirada por las verdades cristianas.

7 Ibidem, *III-Sugerencias y orientaciones pastorales*, n. 1.5, en: *Enchiridion Vaticanum 14* (1994-1995) 1393.